Número 21

Noviembre de 2013

CUADERNOS DE CULTURA Y PATRIMONIO

La Alhóndiga, Asociación de Cultura y Patrimonio

Nuestra tierra al desnudo

Luis José Martín García-Sancho

Luis José Martín García-Sancho es un estudioso de su entorno natural, lo que le ha llevado a publicar varios trabajos de campo en diferentes revistas especializadas. También es coautor del libro "Guía de las aves de La Moraña y Tierra de Arévalo" editado por ASODEMA en 1999.

En agosto de 2012 presentó en Arévalo su novela "Por la senda de Tumut" ambientada en el paleolítico superior.

Es el artífice de las "Andanzas y correrías por la Moraña y la Tierra de Arévalo" que mensualmente nos propone en el seno de nuestra asociación cultural "La Alhóndiga". Inolvidables excursiones en las que hemos visitado lugares tan cercanos como desconocidos. Nos ha llevado a las Lagunas del Oso, a los Cortados Rojos del Río Adaja, a la Laguna de los Lavajares o a los Infiernos.

En fin nos ha hecho disfrutar de ese impresionante medio natural que nos rodea poniendonos en contacto con las maravillas que el territorio de nuestra Tierra de Arévalo tiene que ofrecernos.

En este Cuaderno número XXI hemos querido recopilar algunos de los excepcionales artículos que en los cuatro años largos de existencia de la revista cultural La Llanura, Luis José ha compartido con nosotros.

Noviembre de 2013

La fotografía de portada es propiedad de David Pascual Carpizo.

Agua = Vida

Agua es igual a Vida, lo afirmo rotunda y categóricamente. O lo que es lo mismo sin agua no hay vida.

Andan locos los de la NASA buscando agua en los polos lunares y en Marte, para poder equipar estaciones permanentes en estos lugares y que sea posible la supervivencia de las personas, animales y plantas que allí se pudieran llevar.

Permítanme que califique esto de solemne estupidez. No tenemos bastantes problemas con nuestra agua planetaria que nos gastamos montones de dinero en intentar adivinar si aquella sombra captada por la sonda espacial es hielo o roca.

Seamos coherentes señores. El agua, nuestra agua, requiere toda nuestra atención y cuidados pues es un recurso imprescindible, aparentemente abundante pero limitado, por lo que puede llegar a convertirse en un recurso escaso sino tomamos medidas adecuadas.

No hace falta irse a ningún planeta o satélite, tampoco hace falta irse al desierto para comprender lo necesaria y vital que es el agua para la vida, cualquier tipo de vida, incluida por supuesto la humana. Miremos a nuestro alrededor, decenas de municipios morañegos no tienen agua potable en sus grifos. Como pueden comprobar, La Moraña no es la Luna pero empezamos a tener problemas con la calidad de nuestra agua.

Tradicionalmente el agua potable se ha extraído del subsuelo, concretamente del acuífero de los Arenales. Este acuífero lo forman aguas fósiles y se ha ido formando a lo largo de cientos de miles de años, quizás millones, no lo sé, que a mí en cuanto me sacan de mis 48 años, que son los que cumplo, ya me pierdo.

Los seres humanos vamos demasiado deprisa, queremos correr más que la propia Naturaleza. Es decir, lo que tarda en formarse un montón de años nosotros lo queremos explotar en un instante y encima se nos hace largo. Diez, veinte, cuarenta años en la vida del ciclo de las aguas no es más que una gota en el inmenso océano. Pero estamos haciendo más daño a nuestras aguas en los últimos cuarenta años

Agua = Vida: Luis J. Martín

que en el resto de la historia de la humanidad.

Lo cierto es que en estos últimos años hemos sacado más agua de este milenario acuífero que la que entra, bien sea para regadío, bien sea para consumo humano u ocio. No contentos con ello, hemos llenado los campos de productos nitrogenados ya sea en forma de purines, excrementos o abonos.

¿Qué se ha producido con esto?: Dos graves problemas:

En primer lugar, al sacar más agua de la que entra, el nivel de la capa freática disminuye. Esta disminución en el volumen del agua, produce el aumento de la concentración del arsénico, peligroso elemento que se encuentra de forma natural en el subsuelo. Dada la toxicidad del arsénico el aumento de su concentración en las aguas hace que estas no sean potables, ni para beber ni para guisar, ni para lavar los alimentos que se van a consumir crudos.

En segundo lugar, al disminuir el volumen de las aguas del acuífero y seguir arrojando a los campos las mismas cantidades de productos nitrogenados (abonos, purines, excrementos) se produce el aumento de la concentración de nitratos en el agua, lo que las convierte igualmente en aguas no potables.

Para que nos hagamos una idea el agua del acuífero es para los morañegos nuestro embalse. Si en un embalse arrojamos mierda y sacamos más agua de la que entra, llega el momento en que esa agua se contamina y pierde sus propiedades de generar vida. Pues más o menos eso es lo que hacemos con nuestro “embalse”, el acuífero de los Arenales.

Se puede y se debe intentar evitar esto mediante el control efectivo de los productos nitrogenados arrojados por los campos, el control y la limitación de las extracciones y por último, la recarga del acuífero, es decir que vaya aumentando el nivel de la capa freática.

El acuífero se puede recargar de varias formas. Una de ellas es a través de las precipitaciones, por el agua que se infiltra hacia el subsuelo. Para ello juegan un papel importantísimo las superficies arboladas, pero esto, si les parece, lo dejamos para otra ocasión, pues dada su importancia, merece un comentario mucho más extenso.

Otra forma es a través de los cauces de los ríos. Por ello los cauces regulados son un flujo constante de agua hacia el acuífero a través de las infiltraciones que se producen por los lechos arenosos de nuestros ríos, especialmente Adaja y en menor medida Arevalillo, Voltoya, Zapardiel o Trabancos.

El Adaja, al estar regulado desde la presa de las Cogotas, filtra agua al acuífero durante todo el año, pero de forma insuficiente porque el equilibrio hídrico es negativo. Es decir, el río introduce al acuífero una cantidad mucho menor que la que nosotros sacamos.

Pero ¿Y el Arevalillo? Si este río pudiera tener una cantidad de agua constante por su cauce, lo que se denomina un caudal ecológico, la recarga del acuífero se multiplicaría por dos.

Como todos sabemos el canal del regadío de las Cogotas en su camino hacia la balsa de Nava de Arévalo, atraviesa el río Arevalillo. Pues bien, desde esta balsa se podría regular un caudal ecológico permanente para el río Arevalillo. Con esta medida saldríamos ganando todos, pues el acuífero se vería sensiblemente beneficiado y la vida en su conjunto ganaría en calidad y en cantidad, pues las riberas se poblarían enseguida de plantas y animales, lo que haría que la biodiversidad de este río y de la comarca aumentase significativamente ¿Para que irnos pues a Marte y gastarnos una millonada de dinero en intentar generar vida pudiéndola mejorar aquí?

No es por alarmar, pero para prevenir hay que ponerse en la peor de las situaciones ¿Qué haríamos en el caso de que una gran sequía acabe con las reservas del embalse de las Cogotas, y con el acuífero contaminado tal y como está?

Seamos inteligentes, pidamos a la Confederación Hidrográfica del Duero que recargue el acuífero desde el río Arevalillo, proporcionándole un caudal ecológico.

En Arévalo, a seis de agosto de 2009
Luis José MARTÍN GARCÍA-SANCHO

Pinar de Tiñosillos: Luis J. Martín

El bosque de los Gamusinos

"Dicen que el gamusino se esconde en los pinares, tiene largas piernas como los troncos, brazos y dedos como las ramas y cuerpo regordete como las copas de los pinos para pasar inadvertido. Pero no tengáis miedo, nunca ataca, sólo observa, es el protector del bosque. A ver quien es el primero que ve uno".

Esto les decía a mis hijos cuando les llevábamos las primeras veces al pinar, pero al poco tiempo David decía: Creo que los gamusinos no existen, porque no vemos ninguno. "Gusino", balbuceaba María señalando con el dedo y negando con la cabeza. David, inquieto como nadie, se alejaba a subirse al árbol torcido. Su hermana María, que empezaba a andar, a duras penas le seguía, tropezando con tamujas, ramas y piñas caídas. David subía a María al tronco tumbado y se perdía por las ramas altas. María quería seguirle, pero si apenas sabía andar, difícilmente podría trepar tras él.

Volvían los dos arañados por las cortezas del pino y manchados de resina. Pero no importaba, la ropa era la apropiada para mancharse. Para ellos, eso de vestir de domingo, era ponerse la ropa de ir al campo.

Posteriormente, en el colegio, esta disposición para subirse a los árboles, les valió el mote de mono y mona, y así les conocen aún. Por otra parte, esta actitud también les ha servido para conocer, respetar y valorar los pinares cercanos a Arévalo y al bosque en general. Recuerden, el hogar del gamusino.

Lo cierto es que en esta comarca altamente deforestada, curiosamente tenemos muy poco apego al árbol, lo destruimos, ignoramos o menospreciamos. Vivimos de espaldas al bosque, como gamusino inexistente, sin entender que es nuestro benefactor. Porque, no les quepa duda, que los escasos espacios arbolados que nos quedan en La Moraña, a todos benefician. Vamos muy deprisa, queremos correr más que el tiempo. Cuando se tala un pinar maduro estamos destruyendo un hábitat que ha tardado entre 80 y 100 años en formarse.

Muchos se preguntarán qué beneficio pueden reportarnos cuatro pinos añosos, agrietados y llenos de viejas cicatrices provocadas al haber sido resinados reiteradamente en el pasado: Bien, aparte del beneficio obvio, y ya de por sí importante, que nos proporciona cualquier planta al ser productora de oxígeno o el ocio de meriendas y paseos o el económico en forma de madera, resina y frutos ¿Qué otro beneficio nos reportan los pinares

de La Moraña?

Los bosques de comarca se extienden mayoritariamente por el corredor de los ríos Adaja y Arevalillo, que discurren, como todos sabemos, desde el sur hacia el norte de la comarca, al encuentro del Duero. Acompañando a los sotos de estos ríos, se encuentran los pinares de pino resinero y, en menor medida, de piñonero. En la zona de contacto entre sotos y pinares se da la mayor biodiversidad de toda la comarca.

Este corredor natural es utilizado por la flora y fauna como una carretera verde para sus desplazamientos entre el norte y el sur de la Cuenca del Duero, lo que le confiere una importancia única y excepcional, especialmente en una zona tan deforestada como la que nos ocupa. Este notorio valor biológico de los bosques de la comarca, si les parece, lo dejamos para otra ocasión pues, dada su importancia, merece un comentario mucho más extenso.

Pero centrémonos más: ¿Qué beneficio proporcionan los pinares a las personas?

Estos pinares del corredor del Adaja y Arevalillo se extienden sobre antiguas dunas continentales, con un porcentaje de finas arenas superior al 90%. Pero no sólo sujetan el terreno para evitar la erosión, estas masas arboladas asentadas sobre suelos arenosos son la mejor zona de recarga del acuífero de los Arenales que, como les comentaba en mi anterior intervención, se encuentra preocupantemente contaminado y al borde de la sobreexplotación.

La enorme importancia hidrogeológica de los pinares de la comarca radica en que, al estar asentados mayoritariamente sobre duna continental, toda el agua caída en forma de lluvia, nieve, niebla o escarcha, es retenida por las tamujas de los pinos y pasa al acuífero casi en su totalidad, pues apenas existe la escorrentía en estos terrenos arenosos y arbolados, y además es agua limpia al ser filtrada por las arenas sin mezclarse con productos agrarios peligrosos.

Mientras que en las tierras de labor, una buena parte del agua se pierde por las acequias y cunetas, acabando en los ríos por escorrentía y el volumen que se filtra al acuífero puede contaminarse al entrar en contacto con abonos orgánicos, inorgánicos y pesticidas, en los pinares casi toda el agua es absorbida por las arenas como una gigantesca esponja y pasa al acuífero limpia.

Por eso, dado el estado lamentable y preocupante de “nuestro embalse” acuífero de los Arenales, sería conveniente proteger todas estas masas de pinares del corredor de los ríos Adaja y Arevalillo asentadas sobre arenas. Por tratarse de la única zona de recarga del acuífero con aguas limpias, es decir, estos pinares aportan al acuífero agua de calidad y en cantidad. Recuerden: Agua = Vida.

Hasta ahora he presenciado como un mero espectador la política forestal de la Junta de Castilla y León, comprobando como concedían Declaraciones de Impacto Ambiental favorables a proyectos destructores del escaso bosque morañego y de sus beneficiosas arenas, por el simple hecho de situarse en montes de titularidad privada.

Ahora estoy convencido de que la Junta de Castilla y León puede y debe realizar Declaraciones de Impacto Ambiental desfavorables a proyectos tanto particulares como públicos que puedan perjudicar las pocas masas forestales que nos quedan y las importantes arenas sobre las que se asientan. Especialmente porque sólo el 3,3% de la superficie de La Moraña es forestal. Cuantificando esta escasez, de 150.000 ha. que ocupa la comarca, sólo 5.000 son arboladas y, de estas, 800 corren el riesgo de desparecer por una urbanización autorizada desde la Junta.

Lo cierto es que los acuíferos se encuentran cada vez en peor estado: Al borde de la sobreexplotación y contaminados por arsénico y nitratos. Por otro lado necesitamos a los pinares porque nos proporcionan agua potable. Por ello, aunque sólo sea por puro egoísmo o afán de supervivencia, seamos inteligentes: Pidamos a Junta de Castilla y León y Confederación Hidrográfica del Duero que protejan adecuadamente los pinares del corredor de los ríos Adaja y Arevalillo, por ser la mejor área de recarga del acuífero de los Arenales con agua de calidad y en cantidad.

En Arévalo a seis de octubre de 2009.

El largo viaje de Branta

A pesar del gran número de viajeros que me acompañan, me siento sola, desplazada. Ninguno de mis compañeros es como yo. Incluso uno de ellos ha llegado a agredirme, lo que me ha provocado una ligera cojera, que se incrementa cuando las heladas son más fuertes.

Me llamo Branta y no sé lo que hago aquí. En realidad este es mi tercer viaje hacia el cálido sur y todo me resulta nuevo y desconocido. Desde que me perdí, no he vuelto a ver a ninguno de los míos. Al menos parece que el viaje ha terminado, el agua está asegurada, hay comida por doquier y mis compañeros de viaje parecen satisfechos.

El invierno ya está cerca, por lo tanto hay que reponer fuerzas y coger calorías para el viaje de regreso, así que me paso casi todo el día pastando con mi bandada adoptiva compuesta por más de 1500 gansos. Supongo que acudiremos a la laguna, al menos una vez al día, para calmar la sed.

Cae la tarde. De pronto la bandada levanta el vuelo, les sigo. Se produce un gran alboroto por los miles de aflautados reclamos emitidos por mis compañeros. En la laguna nos juntamos con miles de patos de muy variadas especies y procedencias, los más numerosos y también ruidosos son los azulones. Pero hay muchas más especies, las pequeñas cercetas se pierden entre la vegetación. Los cucharas son incansables, filtrando el agua con su ancho pico. También hay un grupo de nerviosos silbones que levantan el vuelo ante el menor peligro, aunque este sea inexistente. Me llama la atención un reducido grupo de elegantes y presumidos rabudos que me recuerdan a los cisnes de otras latitudes más norteñas.

Pero no solamente hay patos, en la laguna también coincido con los activos limícolas, unos introduciendo sus largos picos dentro del agua, otros picoteando en los prados circundantes, agachadizas, avocetas, cigüeñuelas, avefrías, chorlitos, chorlitejos, archibebes, agujas, zarapitos… Tantas especies que pierdo la cuenta.

Ya llevo un buen rato bebiendo y nadando por la laguna. Comienzo a oír un estrépito lejano. El clamor crece, se acerca. Con las últimas luces de la tarde, llegan cientos de grullas emitiendo agudos gritos de júbilo. Contentas, acuden también a saciar su sed. Es un momento social, algunos individuos parecen reconocerse, incluso da la impresión de que hablan entre ellos. Veo también grupos familiares formados por dos adultos con sus pollos. Algunos parecen también discutir y hay pequeñas escaramuzas entre dos o tres grullas pero sólo se quedan en lo gestual, sin llegar a “las manos”. Pero lo que me da más envidia, son los emparejamientos que se están produciendo aquí mismo. Veo como un macho y una hembra enfrentados, dan grandes saltos con las alas entreabiertas, lanzando pequeños trozos de vegetación con sus picos por lo alto. Sé que estos emparejamientos que se producen durante la invernada duran toda la vida.

Atardece, el sol se hunde por el oeste proyectando miles de colores matizados y reflejados por los grupos de nubes dispersas por la cúpula celeste. No es la aurora boreal que tantas ve-

Laguna de la llanura cerealista: J.L.Calleiras

ces he presenciado en mi lugar de origen en las islas Svalbard, sobre el círculo polar ártico, pero esta puesta de sol no tiene nada que envidiarla.

En realidad yo misma pensaba encontrar este año un macho aparente durante mis vacaciones por el cálido sur. De hecho ya me había fijado en Brotal al pasar por la isla de Selandia en el estrecho de Kattegat. Pero aquella maldita tormenta, me hizo perder a mi grupo de barnaclas cariblancas y desde entonces no he vuelto a ver a ninguna de mi especie. Bueno al menos estoy viva. Esta laguna no es demasiado grande, pero es un auténtico hervidero de vida. Quien sabe, tal vez Brotal, aquel macho de largo y robusto cuello y algo patizambo, aparezca por aquí un día de estos con otro grupo de ánsares.

...ooOoo...

Suena el despertador, las siete y media. Luis lo apaga para no molestar a Ana. Se viste sobre el pijama y se asoma por las rendijas de la ventana a la plaza, hay densa niebla. "Bueno empezaremos por El Oso que allí levanta antes" piensa mientras se prepara el desayuno. Al salir a la calle, ni siquiera se divisa la torre de Santo Domingo y el arco del Alcocer parece la boca de una cueva. Pasa a buscar a su hermano Caco al Paseo de la Alameda y continúan por la carretera de Tiñosillos. Atraviesan los pinares con su coche. La niebla se ha convertido en escarcha y esta cencellada ha cubierto de hielo todos los pinos.

Al llegar a El Oso comienza a salir el sol disipando la niebla. El campo parece nevado y la laguna está helada parcialmente. El termómetro marca tres grados bajo cero. Detiene el vehículo en la chopera, se calzan guantes, pasamontañas, prismáticos y montan el telescopio sobre el trípode. Comienzan a censar las aves acuáticas.

Cuentan primero las grullas que se comienzan a marchar para alimentarse en los campos de cereal, 652. Luego hacen lo propio con los ánsares. "Vaya pedazo bandada". Cuando llevan contados 1326 gansos, uno llama su atención.

"¡Coño! una barnacla cariblanca ¿Qué hará aquí sola?" Anotan este dato en su libreta de campo, se entretienen un rato contemplando esta rareza y siguen censando. Después de contar 2202 ánsares comunes en tres grupos, siguen con los patos que nadan o andan por la laguna: 1820 azulones, 350 cucharas, 112 cercetas comunes, 65 silbones, 13 rabudos, tres frisos y además 83 fochas comunes y 52 cigüeñas. Luego hacen lo propio con las aves limícolas que logran ver desde su observatorio. De vez en cuando tienen que dar botes para no quedarse helados. Por fin acaban el recuento, 5973 aves de 19 especies. Luis apunta junto a estos datos: "Esto merece ser declarado ZEPA".

Antes de irse hacia la laguna Redonda para continuar el censo, deciden buscar nuevamente a la barnacla cariblanca. Enfocan el telescopio hacia el bando más numeroso de gansos y al cabo de tres o cuatro minutos la encuentran de nuevo, descansa apaciblemente echada sobre su vientre y aseándose con su pico las plumas del dorso.

Cuando están a punto de marcharse, se oye a otro grupo de ruidosos gansos. Son unos 300 individuos que se acercan volando desde el norte y se posan muy cerca. "Los gansos parecen torpes pero son auténticos todo terreno, se desenvuelven perfectamente en aire, tierra y agua" comenta Caco. De pronto la barnacla se levanta y empieza a caminar hacia la nueva bandada. Camina deprisa, sin detenerse, parece que cojea. En el campo visual de su telescopio, empieza a aparecer esta nueva bandada y Luis contempla que uno de los gansos se acerca a la barnacla. Lo enfoca, es otra barnacla cariblanca. "Bueno ya no estás sola pequeña". En menos de treinta segundos se han juntado ambas. Uno de los individuos, parece mayor, de largo y robusto cuello y algo patizambo, quizás sea un macho. Tras un breve reconocimiento en el que ambas estiran el cuello, caminan juntas y comienzan a pastar brotes y granos del centeno.

En Arévalo a 21 de octubre de 2009.

Avutardas: David Pascual

Por las mieses de Otar

- Corre María, corre que viene Luis – grita David a su hermana, viendo que su padre corre hacia ellos mordiéndose la lengua.

- Deja a los niños en paz – regaña Ana a Luis - Bastante es que te aguanten tanto tiempo mirando por el telescopio.

- Les dije que jugaran con el balón sin salirse del rastrojo – protesta Luis – y no sólo se han salido, sino que se han acercado tanto a las avutardas que las han espantado. Joder Ana, era la primera cópula que veía. Encima era el macho cojo, el más grande. Ya sabes que es casi imposible contemplar una cópula de avutarda. Parece que lo hacen a mala leche. No os acerquéis, pues !zas¡, todo lo contrario.

- Qué quieres, son pequeños, no se dan cuenta. No puedes tener a unos niños jugando al balón dos horas en un rastrojo - sentencia Ana sabiamente.

****

La primavera no ha hecho más que empezar. Los machos de avutarda nos vestimos con nuestras mejores galas. Primero nos hemos exhibido juntos, para tantearnos, pero es hora de separarnos, las hembras ya se aproximan y empieza la competición. Desde mi territorio, observo a Tardón con recelo. Sé que desde la pequeña loma donde le gusta mostrarse, mira a mi predio con envidia. Todos sabemos que las hembras prefieren este terreno sobre la amplia hondonada, en el que me exhibo desde hace más de diez años.

Muchos son los que han intentado expulsarme, pero jamás han resistido en la pelea y han huido por patas. A pesar de mi cojera, producida por un choque fortuito que me fracturó un dedo, mi tamaño y complexión disuaden a cualquier rival de retarme. Sé que otros machos desean mi territorio entre los interminables sembrados de cereales, por eso no puedo flaquear. He de mostrarme grande, fuerte y poderoso a la par que inflexible, para asegurar el prestigio ganado en numerosas lides. Aunque he de reconocer que Tardón es bueno. En una de sus múltiples peleas, estuvo más de media hora enganchado pico con pico con su rival, dando vueltas con el plumaje ahuecado, hasta que le hizo huir. Pero afortunadamente todavía respetan las mieses del gran Otar el cojo, que así es como me conocen.

Las hembras pastan apaciblemente entre la cebada. Parece que pasan de mí, pero sé que me miran entre los incipientes tallos verdes, disimulando, como si no fuera con ellas. Para llamar su atención, he de convertir mi plumaje mimético, con el que paso desapercibido, en algo llamativo, visible a gran distancia. Así que comienzo la transformación: levanto y abro la cola, erizo mis bigotes, echo la cabeza hacia el dorso, inflo el cuello hasta el pecho como si fuera un globo, ahueco todo mi plumaje, entreabro las alas y doy la vuelta a las plumas, que por de-

Dibujo de macho de avutarda: Antonio Ojea

bajo son blancas. Parezco otro, doy el aspecto de una enorme bola blanca. Seguro que un gran número de hembras se están fijando en mí con su aparente desinterés.

Tengo que atraer a cuantas más mejor, para que muchos pollos lleven mis genes de gran avutarda. Así que agito el plumaje para hacerlo más visual, girando lentamente. En esto consiste el celo, lo llamamos rueda. En un par de días esas hembras, que parecen completamente ajenas a mis exhibiciones, comenzarán a acercarse a mi predio en esta gran parcela de cebada. Y tendré que ir copulando con todas aquellas que requieran de mis servicios. Mi favorita es Otina una hembra fuerte y experta que me eligió desde el primer año. Siempre ha sido así, son ellas las que deciden. Podrían escoger a cualquier otro macho, pero hasta ahora, casi todos los años, en torno a una veintena de estas pequeñas hembras me prefieren a mí. Y digo pequeñas no porque las menosprecie, sino porque prácticamente quintuplico en peso a casi todas ellas. Ninguna de mis amadas hembras pasa de cuatro kilos, sin embargo yo rondo los dieciocho. Por ello tengo un récord absoluto, al ser el animal más pesado del planeta capaz de volar. Cuando vuelo, mis aleteos son lentos pero poderosos, con una envergadura que supera los dos metros y medio.

Una vez que una hembra ha copulado conmigo, se aleja solitaria para poner de dos a cuatro huevos en una pequeña depresión sobre el suelo, entre los sembrados. Yo no colaboro, tengo que continuar defendiendo mi terreno y atendiendo a todas las hembras que sigan demandando mi labor de semental, incluso algunas hembras vuelven porque han perdido la puesta. Por tanto mis ocasionales amantes, empollan y crían solas a las nuevas avutardas. Mis hijos, nada más eclosionar, abandonan el nido y siguen andando a la madre allá donde vaya. Y yo, con mi solemne cojera, me iré a reunir con los machos de otros territorios en algún sembrado de girasol, para reponer fuerzas con sus ricos y nutritivos brotes.

****

Acaba mayo. Luis, esta vez solo, busca avutardas entre los sembrados. En un barbecho próximo, llama su atención un bulto inerte, entre blanco y ocre, y un gran número de plumas dispersas. Parece un ave muerta, tal vez haya chocado contra el tendido eléctrico cercano. Al acercarse, varias plumas pegadas a uno de los cables, indican el punto exacto del impacto. Huele a rayos, el cadáver es de un macho de avutarda, y muy grande por la envergadura de una de las alas. Le da la vuelta para intentar ver el punto del golpe. Tiene el pecho destrozado. También tiene el dedo central de su pata derecha convertido en un muñón, seguramente por otro accidente ocurrido años atrás. Esta lesión le debió hacer cojear en vida… Entonces se da cuenta.

Una mano metálica, casi invisible, ha ganado al gran macho en desigual pelea. Al año siguiente Tardón se exhibe entre las mieses ubicadas sobre la amplia hondonada. Mira con recelo a Dido, uno de los hijos de Otina y del gran Otar, que ha ocupado la pequeña loma. Infla el pecho, ahueca el plumaje, levanta la cola…

En Arévalo a 20 de enero de 2010.
Dedicado a David, María y Ana
por su paciencia infinita.

El imperio de Alberta

Soy Alberta. Desde el borde del valle, contemplo mi imperio, orgullosa. Los bosques se pierden en la lejanía, acompañando el curso del Adaja que quiebra la llanura por la que serpentea apacible, con el alegre murmullo de sus aguas color caramelo. Amanece, una suave brisa acaricia las copas de los chopos, sauces, fresnos y alisos, al tiempo que hace surgir pequeñas nubes amarillas de polen de los pinos resineros.

Hace más de 30 años las gentes que viven tras los pinares arrebataron a mis antepasados este preciado territorio, saqueando su hogar y llevándose a sus hijos, los últimos que nacieron en este lugar. Aquellas gentes exhibieron a las pobres e indefensas criaturas como un trofeo y recibieron un premio económico por ello. Mis bisabuelos, desterrados y viejos, murieron poco más tarde, agotados, hambrientos, enfermos.

Ahora he vuelto para recuperar el imperio de mis antepasados. Desde lo alto de este gran pino donde he instalado mi nido, domino todo mi territorio de caza. Espero paciente a que regrese Aquila, mi pareja, un joven macho de águila imperial ibérica. Nuestros hijos, tres pollos de blanco plumón, me observan impacientes.

Ante la presencia de otras rapaces decido levantar el vuelo. A los primeros ladridos roncos que emito, dos ratoneros se alejan. Milvos el viejo milano real da un rodeo al notar mi presencia y mis dos metros largos de envergadura. En cambio Penato, el bravo macho águila calzada, parece no darse por aludido y tengo que enseñarle las garras para demostrar quien manda aquí. Falco, el halcón, me observa desde su grieta en la cárcava, pero ni me molesta, ni representa un peligro para mis pollos.

Aquila me contesta desde el profundo cortado del arroyo. Se acerca volando con una presa entre las garras. Le respondo y juntos nos posamos en la rama seca de un pino. Erizo las plumas de la cabeza y reclamo la captura. Soy mayor que él, con el plumaje más oscuro. Aquila me entrega el pequeño y tierno conejo sin rechistar. Ya se ha comido su cabeza. Gracias a sus buenas dotes para la caza puedo estar tranquila, ya que Berto y Helia, mis dos hijos mayores, no pasarán hambre y, por tanto, no acabarán matando a Ada la más pequeña de los tres.

Con el conejo entre las garras vuelo hasta el gran pino resinero donde mis pequeños esperan a que les despiece la primera captura. Al posarme, es precisamente la pequeña Ada la que pone a raya a sus hermanos para comer la primera. Les agrede para que se coloquen al fondo del nido. Desgarro el conejo en pequeños jirones y se los ofrezco con suma delicadeza. Ada engulle vorazmente los trozos, erizando el blanco plumón de la cabeza y entreabriendo las alas en señal amenazante, Estoy orgullosa, pronto será tan grande como sus hermanos, incluso mayor que Berto, el único macho. Y su conducta agresiva de rapaz cazadora asegura su supervivencia.

A lo lejos se oye el agudo reclamo de Penato, seguro que está increpando una vez más a Buba, el gran búho real que empieza a dormir. Al cabo de un buen rato, Aquila aparece de nuevo surcando el valle del Adaja, el sol a su espalda le da un aspecto imponente. Se posa suavemente sobre el nido con otro conejo entre sus poderosas garras. Hay comida para todos. Estoy tranquila. Nada ni nadie amenaza mi imperio.

****

Ya había amanecido cuando dejó su coche en el pequeño pinar isla al margen derecho del Adaja. La primavera estaba avanzada, los árboles del río vestían de verde y los charcos estaban teñidos de amarillo por el polen de los pinos. Mochila a la espalda y prismáticos al cuello empezó a caminar por el borde superior del profundo valle que rompía bruscamente la planicie circundante.

Anotaba todas las especies de aves que veía u oía en los cultivos, río o pinar. Llevaba varios años haciendo estudios de biodiversidad y sabía que esta zona de contacto entre río, pinar y estepa cerealista era la más rica y variada. Se podían ver especies esteparias, acuáticas y forestales. De las 231 especies de

aves que se habían observado en la comarca, 167 se habían anotado alguna vez en esta estrecha franja de terreno, lo que la convertía en la zona con mayor biodiversidad de la Tierra de Arévalo.

Un águila calzada emitía su agudo reclamo haciendo huir a un azor que cruzaba el valle del Adaja para perderse entre los pinos. En una de las grietas de los pequeños taludes de enfrente solía criar una pareja de halcón peregrino, pero ahora estaba ocupada por una familia de búho real. Un adulto le miraba con un solo ojo entreabierto, mientras sus dos pollos, como bolas de pelo desordenado, comían algo del fondo del nido "¿Dónde habrá criado el halcón?" Se preguntaba mientras barría con los prismáticos las paredes de las cárcavas.

Siguió avanzando. En poco más de media hora ya llevaba 28 especies anotadas, la mayoría pequeños pájaros. Cuando oteaba un lejano cortado, algo llamó su atención. Montó el telescopio sobre el trípode y enfocó. No podía creer lo que veía: sobre la copa de aquel gran pino, un adulto de águila imperial ibérica, de blancos hombros y rubia nuca, daba de comer a un pollo de blanco plumón y en el fondo del nido parece que se movían otros dos pollos más.

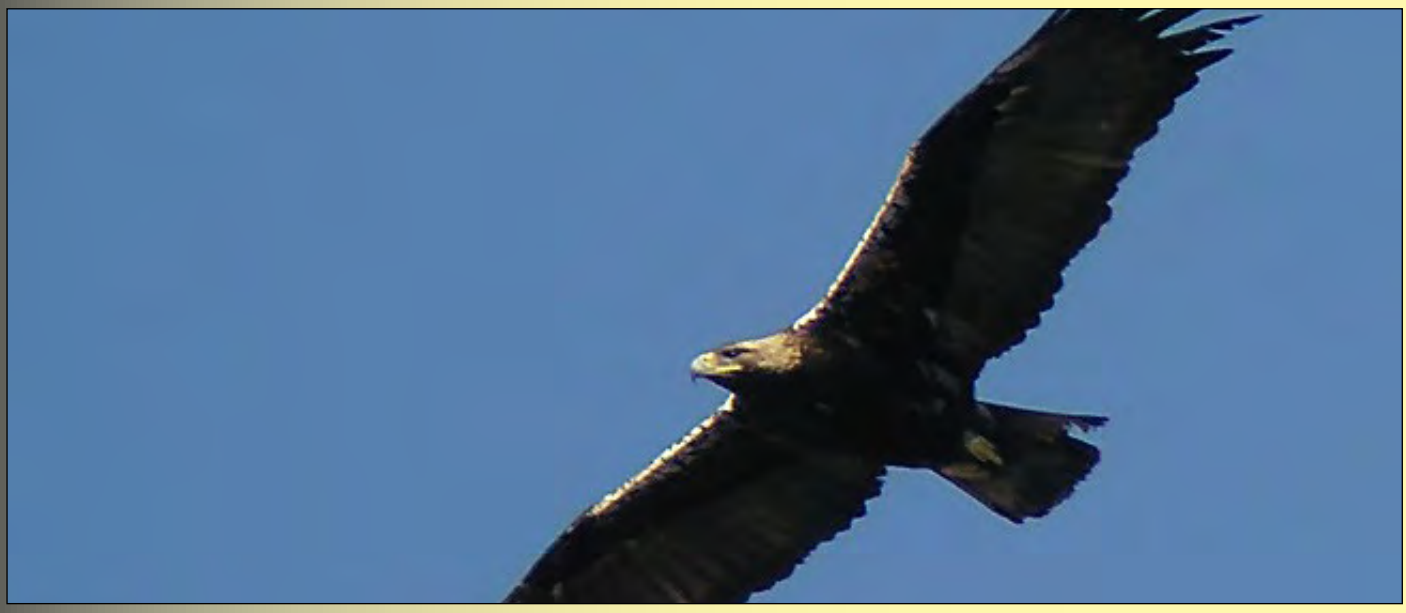
"¡Joder, un nido de imperial! ¡Qué pasada, y con tres pollos nada menos!" Se ocultó dentro de una gran retama para no molestar ni ser visto, aunque estaba a más de un kilómetro de distancia. Al poco tiempo, escuchó el ronco graznido de la pareja. Apareció volando río arriba con una presa entre las garras y se posó en el nido. Su plumaje no era aún el típico de adulto, tenía todavía motas claras sobre el dorso oscuro. Parecía menor, sería probablemente un macho. Éste dejó la captura y se encaramó a una de las ramas superiores.

Recordó aquella antigua foto que vio, años atrás, en un bar de Arévalo, en la que dos hombres sujetaban a un pollo de águila imperial, abriéndole las alas para mostrar su envergadura. El dueño le había dicho que la foto tendría más de treinta años, pero no le quiso decir dónde habían capturado a ese pollo. "Parece que la imperial ha vuelto para recuperar su imperio perdido" pensó sonriendo, mientras observaba cómo la gran hembra alimentaba ahora a otro de los pollos.

Horas más tarde, mientras empezaba el recorrido por el pinar, al otro lado del río, su alegría se tornó en amargura, al descubrir que estaban talando miles de pinos para abrir las carreteras de lo que parecía ser una gran urbanización. Ya habían talado varios kilómetros de pinar y se acercaban peligrosamente a la zona del nido de Alberta.

Las gentes que viven tras los pinares también habían vuelto.

En Arévalo a 21 de abril de 2010.



Alberta: Fernando López

Laguna de los Lavajares: Juan C. López

Soledad

Llegó a la laguna de los Lavajares a última hora de la tarde. Exhausta, sedienta. La niebla empezaba a bajar. El frío era intenso. Recorrió toda la superficie del humedal andando. A pesar de las lluvias caídas durante el otoño no tenía ni una gota de agua.

Se sintió morir. Desesperada, se dirigió hacia el camino que acababa en la laguna pensando en que quizás hubiera algún charco. Olía a agua, así que no debería andar muy lejos. Por fin, en medio del camino, algo brillaba entre la niebla con las últimas luces del día. Pero al llegar comprobó que el charco estaba helado.

Golpeó con el pico, pero nada, una gruesa capa de hielo le impedía llegar al líquido elemento. No tenía fuerzas. Hacía un par de días que se había rezagado de su bandada de grullas en Villafáfila, lo que le había debilitado hasta la extenuación.

De pronto, escuchó los inconfundibles graznidos de varias hembras de ánade azulón. Provenían de la laguna. Si había patos, casi seguro que habría agua. Retrocedió. Tras recorrer un centenar de metros ya no podía andar. El frío, la sed, el hambre y el agotamiento le impedían dar un paso más. Se acurrucó en el suelo. Ninguna de sus patas era capaz de mantener el peso de su cuerpo durante el sueño. Al cabo de unos minutos la cencellada le cubría de escarcha todo el plumaje. Se acurrucó más fuerte introduciendo la cabeza entre el ala derecha, buscando algo de calor. Pronto se durmió.

....

"A la derecha, siempre a la derecha". Se oía gritar a lo lejos a la mañana siguiente. La espesa niebla impedía distinguir nada a cincuenta metros. Un grupo de caminantes se dirigía hacia la laguna de los Lavajares, buscando siempre el camino de la derecha en los cruces. Habían visto numerosas huellas de grullas y unas pocas de avutarda.

Tal vez si la niebla levantara pudieran observar a esas hermosas aves. Pero la visibilidad era prácticamente nula. El guía de la expedición sabía por experiencia lo persistente que suele ser la niebla en esa zona de la Tierra de Arévalo. Pero con el otoño tan lluvioso que habían tenido, esperaba, al menos, encontrar la laguna inundada.

Al llegar, comprobaron con desilusión que estaba completamente seca. "Esto es lo que trae ir siempre a la derecha". Comentó uno de los intrépidos paseantes, con las

pestañas y cejas cubiertas de bolitas de hielo, ante las carcajadas del resto del grupo.

Como la niebla impedía ver los alrededores, el guía indicó la dirección en la que, en condiciones normales, deberían distinguirse Horcajo de las Torres, la torre de Yecla, Rasueros, Rágama, Zorita de la Frontera y Palaciosrubios. Así que, ante la falta de visibilidad, decidieron realizar el plan B: Ir al pueblo de Villar de Matacabras.

La Nave de la iglesia había sido retejada y reparada para colocar nidales artificiales de cernícalo primilla, por lo que se encontraba en buen estado, pero el de la magnífica cabecera con triple ábside mudéjar era lamentable. Casi la mitad del tejado se había derrumbado y los muros empezaban a agrietarse. Alguien comentó: "Restauran la nave que es posterior y de escaso valor y dejan hundir la cabecera que es una joya del mudéjar". Cierto, una incongruencia.

Pasearon por las calles del pueblo, con más tristeza que alegría, comprobando la soledad y vaciedad de cada casa, de cada corral. Alguien comparó este pueblo vacío con la laguna sin agua. Ni siquiera el octogenario Máximo se dejó ver en esa fría mañana. Máximo, curioso nombre para el único y último habitante de un pueblo con una población mínima. En su casa, un plástico amarillo de abono hacía de cristal y en la puerta, otro plástico verde impedía el paso del aire por las grietas. Por delante, una minúscula porción de arena removida, rodeada de tejas y cascotes, esperaba a ser plantada para convertirse en huerta.

Sólo se dejaron ver otros dos de los habitantes, una lechuza y un mochuelo, que abandonaron momentáneamente su refugio diurno ante la presencia de los curiosos visitantes.

....

La niebla comenzaba a levantar y el sol quería dejarse sentir. Algo más lejos, en los Lavajares, el cuerpo inmóvil y cubierto de escarcha de una grulla, comenzaba a recibir los primeros rayos del sol. El hielo empezó a convertirse en vapor. El ala derecha se movió ligeramente. Levantó la cabeza. Comenzó a beber las gotas de escarcha que se derretían en su dorso. Escuchó a los azulones. Había sobrevivido a una gélida noche. Pronto estaría con los suyos en Rosarito.

Lagunas sin agua. Pueblos sin gente. Soledades de Castilla.

En Arévalo, diciembre de 2010.

Villar de Matacabras: Luis J. Martín

Duendes

Soy Capre, me llaman el duende del bosque por lo difícil que resulta verme. Me he pasado toda la noche ladrando. Ayer, los cazadores lograron separar de mi lado a Preola, mi compañera, y a mi hijo Canos. No sé si habrán conseguido abatirlos o si seguirán vivos.

No debimos salir del bosque. Pero Canos se empeñó en ir a pastar al campo de cebada que hay entre los dos pinares, sin darse cuenta de que los cazadores nos estaban esperando. Su madre le siguió sin hacer caso a las insinuaciones de peligro que les hacía desde el borde del bosque.

Nada pude hacer cuando oí los disparos, salvo correr hacia la espesura. No deberían haber disparado, no está bien. Los cazadores deberían saber que si nos acosan Preola puede perder el corzo que lleva en sus entrañas.

Realmente, cubrí a mi compañera a principios del verano pasado, cuando el pequeño Canos perdió todas sus motas blancas. Sin embargo el embarazo no se hizo efectivo hasta que comenzó el invierno. Este retraso en la gestación, nos proporciona a los corzos mayor éxito reproductor que a la mayoría de los cérvidos silvestres.

Pero ahora parece que los he perdido, el alba me indica que empieza un nuevo día y que debo encamarme en la espesura del pinar. Al atardecer seguiré buscando, aunque el tiempo corre en mi contra. Todo parece indicar que he perdido a mi familia y que me encuentro solo una vez más.

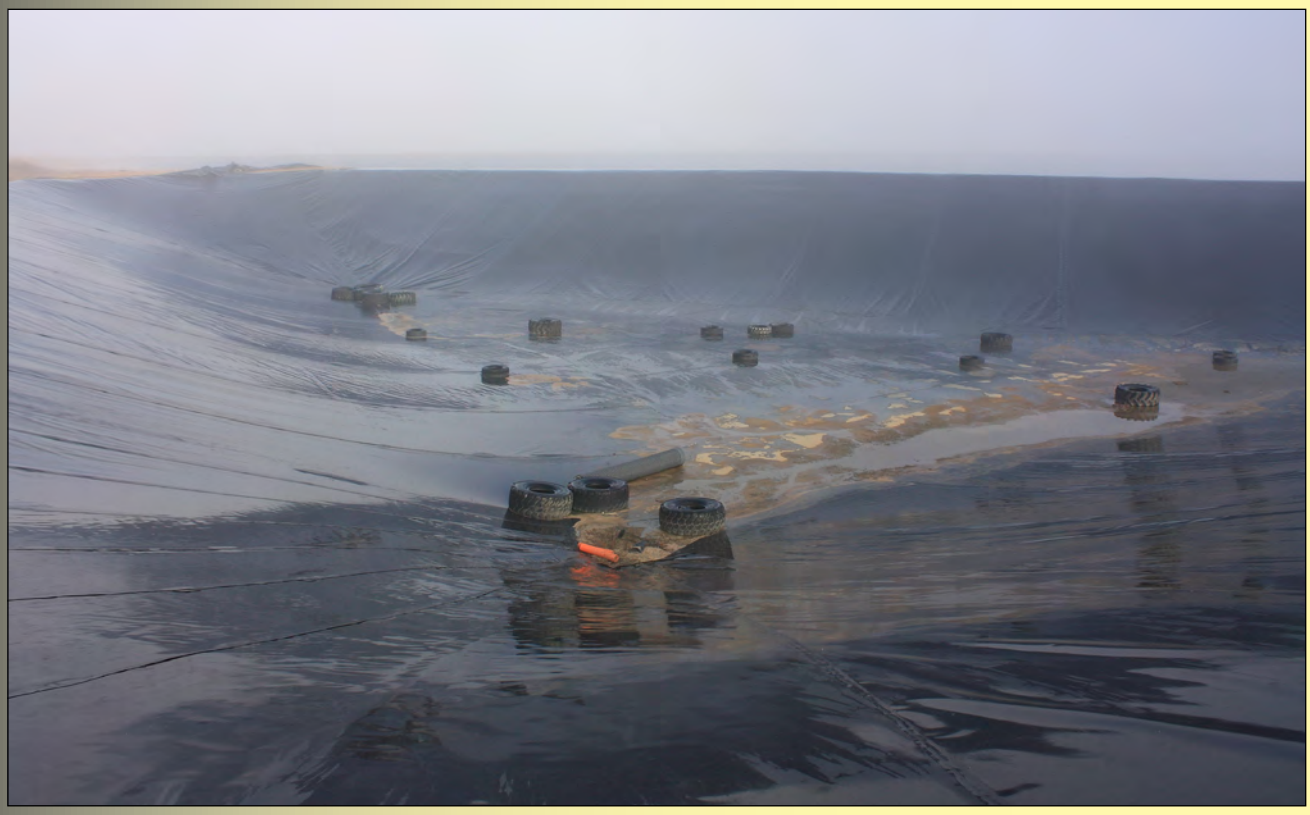
Un pequeño grupo de personas desafiaba a la niebla y al hielo del amanecer. Dejaron sus coches en el camino y se acercaron andando hasta el borde del río. El incipiente sol intentaba levantar la niebla sin conseguirlo del todo, lo que provocaba una luz especial en los grandes cortados rojizos y verticales del río. “Seguramente estaremos en uno de los lugares más bellos y desconocidos del Adaja”. Se oyó decir a uno de aquellos individuos.

Hicieron muchas fotos. El lugar lo merecía. Y decidieron cambiar de orilla para observar el impresionante paisaje desde el lado opuesto, desde el gran pinar. Así que montaron nuevamente en sus vehículos y entraron al corredor del Adaja por las calles de una urbanización fantasma y paralizada. “Esto es una monstruosidad”. Comentó uno de aquellos visitantes. “¿Cómo se puede consentir que se destruya un paraje como este?”.

Llegaron a una enorme balsa, impermeabilizada con un grueso plástico negro. Los que no conocían el lugar quedaron impresionados. Pero, entre la niebla se distinguía otra diez veces más grande que la anterior, con la escasa visibilidad, no se veía el final. “¿Para qué es esto?”. Se atrevió a preguntar uno de ellos. Otro les respondió que eran balsas para regar los tres campos de golf que estaban previstos construirse en el pinar y en el valle del río que tanto les había gustado y que se hubieran llevado a cabo si la Justicia no hubiera ordenado la paralización de las obras.

Retornaron a los coches para observar in situ el lugar destinado a los campos de golf y a las urbanizaciones. Discutían vivamente sobre la innecesaria destrucción de aquel paraje tan valioso, sobre la falta de protección del lugar, sobre la desidia de la consejería de Medio Ambiente por no haber intentado acabar con la destrucción antes, siquiera, de que esta hubiera empezado. Que habían tenido que ser los ecologistas los que denunciaran aquella aberración para que la Justicia actuara.

En estas estaban, cuando un poco más adelante, surgieron dos siluetas entre los pinos cercanos. “¡Son corzos!”. Gritó uno de ellos, al mismo tiempo que se los señalaba a los otros coches. En escasos segundos



Balsas de Villanueva de Gómez: Juan C. López

desaparecieron entre la espesura del pinar. “¡Qué suerte hemos tenido! Los corzos son dificilísimos de observar. Por eso los llaman los duendes del bosque”. Todos se alegraron de aquella fugaz visión.

Preola y Canos se habían encamado demasiado cerca del camino y, al notar la presencia de los coches, huyeron con sus colas erizadas en señal de alarma, aumentando así la extensión del blanco y llamativo escudo anal característico de la especie.

Antes de verlos, me levanté de mi encame. El aire me traía fragancias conocidas. Salí a su encuentro en silencio. Al rato los vi. Afortunadamente los cazadores no han herido a nadie. Nuevamente estamos juntos. Aunque antes del verano deberé expulsar a Canos del grupo para que se independice. Ley de vida. Mi padre hizo lo mismo conmigo hace tres años.

En Arévalo, a 26 de enero de 2011.

Macho de corzo en un pinar de Arévalo: Luis J. Martín

El Guerrero con pájaros en la cabeza

Una vez que el castillo hubo quedado desierto, el capitán Búho, como cada noche, ordenó hacer la ronda a sus seis guerreros metálicos. Debían proteger la fortaleza a toda costa. Nadie podía robar los girasoles de hierro instalados estratégicamente a la entrada de la torre del homenaje.

El guerrero de la Foz se negó a moverse. Temía que se malograra la puesta de colirrojo tizón que tenía en la cabeza. La noche anterior uno de los pollos se había caído mientras caminaba a paso férreo por el patio de armas del castillo.

- Mi capitán –gritó el guerrero de la Foz-, no podré hacer la ronda hasta que los pájaros abandonen mi cabeza.

- El alcaide de este castillo nos ha encargado la defensa de la fortaleza. Somos soldados rudos y experimentados –repuso el capitán levantando sus enormes tijeras-. No podemos incumplir nuestro deber por tener cuatro pájaros en la cabeza. Tira al resto de los pollos al suelo para que no vuelvan a molestarte. Yo mismo les remataré.

- No mi capitán, no me ha entendido, no me moveré ni esta noche ni ninguna otra hasta que los pollos puedan volar y abandonen el nido por sí mismos. Se lo prometí a sus padres cuando les dejé que se instalaran dentro de mi cabeza. Soy tan rudo como el que más, nunca he flaqueado en la lucha, todos me conocéis. Pero mi honor me impide incumplir la palabra que he dado a los colirrojos. Sólo le pido dos semanas. Puedo vigilar perfectamente los girasoles de hierro sin moverme de mi puesto.

- Entonces no me dejas otra alternativa –contestó el capitán Búho furioso alzando la voz-. ¡No puedo consentir este desacato! ¡Guerreros del castillo! Reducid a vuestro compañero, sacadle los pájaros de la cabeza y metedle en las mazmorras.

Los guerreros, con el capitán Búho a la cabeza, comenzaron a moverse hacia el guerrero de la Foz. Pronto le rodearon. Parecía que nada podía hacer excepto rendirse. Sin embargo decidió hacer frente a sus compañeros. Levantó la hoz que portaba en su mano derecha y se cubrió con su escudo esperando el ataque.

Cuando las chispas de los golpes metálicos de la lucha iluminaban el patio del castillo, comenzó a oírse el armonioso sonido de una flauta. Todos los guerreros se giraron hacia el fondo del patio desde donde provenía la música. Jamás habían escuchado una melodía tan hermosa como la que Paula, la flautista de hojalata, había empezado a ejecutar.

Aquella música despertó a dos cisnes construidos con viejos arados que hasta ahora no habían intervenido. Levantaron de pronto su pesado vuelo haciendo chirriar sus alas en cada aleteo. Pronto se unieron a los cisnes metálicos, búhos, lechuzas, cárabos, mochuelos, autillos, chotacabras, murciélagos y otras criaturas de la noche. Pero aquella música también despertó a un buen número de aves diurnas que se sumaron a la bandada. Aquella enorme turba evolucionaba en el aire al compás marcado por la flauta.

Los guerreros se quedaron paralizados, no sabían qué hacer. Si avanzaban, aves y murciélagos se les echaban encima, si retrocedían el capitán ordenaba de nuevo el ataque haciendo sonar sus enormes tijeras.

****

A la mañana siguiente, cuando las dos guías del castillo llegaron a la puerta del patio de armas, Juanje las estaba esperando. Hoy era día de visita y quería poner un cordel delante del guerrero de la Foz para que nadie se acercara. Una pareja de colirrojo tizón había construido su nido dentro del foco que hacía las veces de cabeza de la escultura, realizada uniendo, con gran imaginación, viejos hierros. Como todas y cada una de las treinta esculturas que componían la exposición del castillo de Arévalo. El día anterior había sorprendido a una niña dando palazos en la cabeza de la estatua. Al recriminar su actitud a la niña, le contestó que había visto meterse un pájaro en la cabeza del guerrero y sólo quería que saliera. Así que, había decidido acordonar la estatua para que nadie más se acercase.

Cuando entraron al patio de armas su sorpresa fue mayúscula. Algunas de sus esculturas estaban cambiadas de sitio, aunque no

parecía que faltase ninguna. Todos los guerreros y el capitán Búho, estaban en la esquina donde debería estar el guerrero de la Foz. Pero éste, en cambio, se encontraba en el centro del patio de armas custodiado por los dos cisnes construidos con viejos arados.

No podía entenderlo, se asomó a la cabeza del guerrero, se oía piar a los pollos de colirrojo reclamando insistentemente las cebas de sus padres. No comprendía nada, todas las esculturas parecían estar en perfecto estado ¿Quién se habría colado en el castillo para descolocarlas y por qué?

Mientras se agachaba a mover uno de aquellos cisnes creyó oír el sonido de una flauta. Miró hacia el fondo del patio y, por un instante, le pareció que una leve brisa ondulaba la melena metálica de la flautista.

En Arévalo a 28 de mayo de 2011.

Esculturas de Juan Jesús Villaverde: Luis J. Martín

Blanca

Me sube con cuidado a la camilla. No me gusta nada que me traigan aquí. Casi siempre, el del pijama verde me hace alguna perrería. Suele recibirme sonriente, pero hoy parece serio. Hasta ha preguntado a Luis que si quiere quedarse. A lo que ha respondido: "Sí, sí, por supuesto. Quiero estar con blanquita". Así es como suelen llamarme.

Esta vez el del pijama verde me pone algo que me produce un sopor especial. Siento cómo los dedos de Luis me acarician entre las orejas. Estoy tranquila. Los párpados me pesan. Los dolores desaparecen.

Recuerdo que estaba comiendo panija con los cerdos cuando David me cogió en brazos y me subió a la furgoneta. Me llevó a una casa desconocida, donde la pequeña María me recibió con alegría. En cambio, Ana y Luis me miraban algo más serios. Me agarraron entre ambos para escrutarme el pelo. Estaba llena de pulgas. Mientras depositaban cada bicho en un vaso con alcohol, los cachorros preguntaban con insistencia que si podía quedarme. Y me quedé. Suelen decir que pasé del infierno al paraíso. Era la época en la que hacen chillar a los marranos y hacía mucho frío. Me dieron el mejor cuarto de la casa, el de la caldera. Ya llevo casi diecisiete años con ellos.

David, el cachorro humano de pelo corto, y yo, cambiamos los dientes al mismo tiempo. Un día que jugaba con él a morder una bolsa por cada extremo, empecé a tirar y a zarandearla con tal fuerza que le arranqué uno de sus dientes de leche. Le dolió pero, en lugar de enfadarse, corrió contento a enseñárselo a sus padres. "No la hagáis rabiar, que la vais a hacer rabiosa" solía decir Ana a sus cachorros. Pero, en realidad, prefería los juegos con David y María a la disciplina de Luis. Siempre he sido muy glotona ¡Qué le voy a hacer! Me encanta comer. De eso se aprovechó para enseñarme unas cuantas habilidades: Sienta, tumba, echa, pata, la otra pata, quieta o hop, para subir a algún sitio… Yo aprendía cualquier cosa con tal de que me dejara comer de una vez ¡Qué pesado!

Blanca: Luis José Martín

Esta glotonería me hizo duplicar mi peso en poco tiempo. En cuanto podía me escapaba y me iba a chatear por los bares de la plaza, cogía todo lo que pillaba por el suelo. En algunos establecimientos cuando me veían aparecer me llamaban come pinchos. El del pijama verde dijo que trece kilos eran demasiados para mí. Así que, evitaron que me fuera de bares y, a partir de entonces, sólo paseo con la correa puesta.

Pero, lo que más me gusta, con diferencia, es

cuando me dejan suelta por el campo. Los olores invaden mi hocico. Este sí es el paraíso para cualquier perro. Pero estos humanos son muy raros suelen ir por un camino estéril sin salirse. Yo intentaba bajar al río, que es donde los olores son más intensos, pero nada, cuando tocaba pinar no había nada que hacer.

María, la cachorra humana de pelo largo, a veces, me pinta las uñas. Otras veces me pone una braga o, en ferias, me ata un pañuelo al cuello. Es a la primera que oigo cuando sube por la escalera dando tales voces que a veces hace salir a los vecinos asustados.

Blanca con los cachorros humanos: Luis J. Martín

Ana suele pasar mucho tiempo conmigo en la cocina, dice que es el cuarto de la casa que más le gusta por ser muy soleado. A veces la preguntan que si está hablando sola, a lo que responde que no, que está hablando conmigo. Y es que la matriarca de la casa me cuenta muchas cosas ¡Es más maja!

A los cuatro años me cruzaron con Kiko, un joven fox terrier y tuve seis cachorros que se convirtieron en la alegría de la casa hasta que fueron desapareciendo, uno a uno, a otros hogares. Ley de vida.

Y con Luis ¡Cuántas horas me he pasado en el campo con él! Sé por otros perros con los que me olfateo que no les sacan al campo nunca ¡Qué vida más triste! El río, el pinar, las llanuras, las montañas… están llenos de olores diferentes. Todos estos lugares resultan un paraíso para mi olfato. Pero Luis, a veces, es un poco aburrido. Se puede tirar horas, a pie quieto, mirando por un extraño aparato ¡En fin! estos humanos son muy raros. Paciencia. Recuerdo que una vez se subió al coche y allí me dejó, oliendo los huesos que los milanos olvidan. No reparó en mi ausencia hasta que llegó al garaje y abrió el maletero para que bajara. Es muy despistado, más de una vez olvidó a sus cachorros en la plaza cuando los llevaba al cole en coche.

Los cachorros de Ana y Luis ya no están casi en casa. Han cambiado, han madurado. David, el cachorro de pelo corto, ahora le tiene más largo que María y, cuando vienen, me llevan al campo. Es una gozada. Hay semanas en las que salgo casi todos los días. Mejor dicho, salía. Porque ahora me canso en seguida. Casi no puedo andar. Las patas de atrás apenas me sujetan. Pero, cuando vuelven de su paseo campestre lo noto. Huelo sus botas con insistencia. Enseguida sé si vienen del pinar o del río. Al fin y al cabo me traen en sus ropas un pedacito de los aromas que tanto me gustan.

Qué triste es llegar a vieja y no poder disfrutar de lo que te agrada. Me han salido bultos en las encías que me sangran al comer, casi no puedo saborear la comida, con lo que me gusta. Me caigo continuamente, a veces no me puedo levantar ni para aliviarme y tengo que permanecer echada encima de mis propias heces y orina hasta que Ana o Luis se dan cuenta.

No sé por qué he recordado todo esto. Tampoco sé si nací en el infierno y me llevaron al paraíso, lo que sí puedo decir es que mi vida ha sido agradable. Ahora estoy muy a gusto en la camilla, el cuerpo no me pesa. Siento los dedos de Luis acariciándome entre las orejas. Noto cómo se agacha y oigo su voz cálida y serena que me dice: “Adiós compañera”.

En Arévalo a 13 de junio de 2011.

Olmos

- ¡Bajad a vuestro hermano ahora mismo! ¡Que le vais a matar!

Carmen, la vecina del corralón de atrás, se desgañitaba mientras veía cómo Julio y yo, encaramados a un gran olmo, subíamos a nuestro hermano Juan, de unos cinco o seis años, con una cuerda atada a su cintura.

- ¡Bajad ahora mismo del árbol! –seguía gritando la buena vecina- ¡O se lo cuento a vuestra madre!

- Quiere subir él –respondí-. Además nuestra madre nos ha enseñado a subir a los árboles. No nos dice nada.

Finalmente subimos a Juan hasta la pequeña plataforma instalada en la horquilla principal del olmo y que hacía las veces de cabaña o refugio. Allí teníamos cantos y castañas de indias para defendernos de cualquier enemigo que osara atacarnos, un tirachinas, cuerdas y varios palos atados o clavados a las ramas principales para dar "mayor seguridad" al escondite secreto del negrillo. Lo cierto es que jamás tuvimos que defendernos de ningún atacante ya que nunca nadie intentó conquistar nuestro olmo.

Para bajar, teníamos tres formas de hacerlo: Descolgarnos hasta el suelo por la misma cuerda con que subíamos a Juan, descender trepando hasta una rama más baja y desde allí dejarnos caer al mullido montón de casquillo, o bien, avanzar a pulso por la rama hasta alcanzar con los pies la tapia de atrás. Las más utilizadas eran las dos últimas ya que si bajábamos por la cuerda, cualquiera podría subir por ella y apoderarse del refugio secreto del olmo.

En los días calurosos de verano era muy agradable trepar a uno de aquellos centenarios negrillos. La sombra y la altura hacían descender la temperatura en varios grados, especialmente, si ascendías a lo más alto, a la "picorota", como la denominábamos mis hermanos y yo. Aquella atalaya privilegiada era balanceada suavemente por una leve brisa y las vistas eran fabulosas. Al estar por encima de los tejados podías divisar todas las torres de Arévalo, la Lugareja y varios pueblos cercanos.

Casi todos los olmos de los alrededores habían sido convenientemente conquistados. La operación consistía en trepar por la rama principal y cortar la ramita más alta, aquella que hacía cumbre. Daba igual qué hermano subiera al negrillo y bajara con la rama entre los dientes,

Paseo de la Alameda en 1979-80: Luis J. Martín

automáticamente el árbol ya nos pertenecía.

Recuerdos… Qué serán. A veces parecen dormidos. Al escribir sobre los negrillos, también me he acordado de otra vecina. Con una edad entre once y trece años, nuestra relación era un tanto contradictoria. Igual nos buscábamos las manos bajo las faldas de la camilla durante una merienda de cumpleaños, que los desacuerdos entre los chicos del barrio y chicas de las monjas nos convertían en enemigos irreconciliables. Recuerdo que en uno de estos periodos de enfrentamiento, las chicas habían realizado un alfabeto secreto con el que poder comunicarse sin que las descubriéramos.

Una tarde de verano, mientras yo tomaba el fresco en uno de los negrillos conquistados, llegaron las chicas y se sentaron en las escaleras de la vecina. El olmo se encontraba muy cerca de ellas y no me habían visto. Al principio hablaban en voz normal y casi no las entendía. Pero la conversación se fue acalorando y el tono subió. Podía oír todo lo que decían, casi, como si me encontrara entre ellas. Sin pretenderlo, acababa de averiguar dónde escondían el alfabeto. Recuerdo que me descolgué desde la rama más baja hasta uno de los pilares de las tapias delanteras sólo para dejarme ver. Después me dirigí a casa pero podía sentir sus miradas clavándose en mi cogote. Esperé a que oscureciera y entré en la carbonera de los vecinos provisto de una linterna. Tal y como había escuchado desde el viejo negrillo, en una caja de lata de cacao encontré el alfabeto secreto. Podría haber huido antes de que me descubrieran pero me quedé esperando hasta que ellas aparecieron. Con la linterna encendida. Saboreando la victoria. Aún recuerdo la mirada de mi vecina antes de que me escapara saltando una de las tapias.

¡Cuántos recuerdos relacionados con los olmos! Aquellos negrillos de mi niñez parecían eternos, indestructibles. Pero sólo bastaron otros trece años más para que la grafiosis, ayudada por la mano del hombre, acabaran con todos. Al estar la mayoría de los olmos afectados por el mortal hongo, el Ayuntamiento decidió talarlos a todos, sanos y enfermos. Nunca sabremos si alguno de ellos pudiera haberse salvado. Me causaba un gran dolor ver por los suelos a aquellos gigantes centenarios, testigos mudos de siglos de nuestra historia. Era como si me hubieran arrebatado de repente a una buena parte de mis compañeros de infancia, los guardianes de mis recuerdos.

Antes de que esto pasara, junto a mis hermanos, contamos los 153 olmos del casco urbano, los situamos en un plano y los catalogamos por su edad y grado de afección, en un estudio que titulamos “Grafiosis en Arévalo” y que hoy se puede considerar un documento histórico pues no queda ninguno de aquellos negrillos que, si vivieran hoy, varios de ellos estarían incluidos en el catálogo de árboles monumentales.

Cuántas veces me acuerdo de estos gigantes de mi niñez. Cuánto echo de menos el colorido cambiante de sus ramas extendidas al cielo: El gris de su desnudez invernal, era sustituido por el verde claro de su floración primaveral, al que seguían las incipientes hojas, para dar paso al verde oscuro estival de su fronda en plenitud y acabar en otoño con una explosión dorada que iba cubriendo el suelo de una tupida alfombra amarilla. Recuerdo el sonido de las hojas caídas al pisarlas y su olor al removerlas como si lo estuviera haciendo ahora mismo.

Pero ya sólo son recuerdos, como lo es también el de mi madre ayudándonos a trepar a los pequeños frutales del patio de atrás. Ahora, igual que desaparecieron los enormes negrillos que desde la mirada de un niño parecían inmortales, una maldita ladrona le roba los recuerdos a mi madre y los hace desaparecer.

A Candelas Micaela García-Sancho, mi madre, en Arévalo a 26 de enero de 2012.

Cuadernos de Cultura y Patrimonio.
Número 21 - Publicado por
La Alhóndiga, asociación de Cultura y Patrimonio

© Noviembre de 2013